



MIGUEL ÁNGEL CARCELÉN GANDÍA

Biblioteca Municipal Amadeo



Biblioteca Municipal Amadeo

Miguel Ángel Carcelén Gandía

Este relato ha obtenido el Segundo Premio en el I Certamen "Literatura y biblioteca", convocado con motivo del Día de la Biblioteca, el 24 de octubre de 2014, por la Dirección General de Bellas Artes, del Libro y de Archivos de la Comunidad de Madrid.

Fue en el tiempo de las brisas perfectas, de los primeros soles del estío, de las pieles mudadas de lagartos ocelados y culebras de rastros, cuando el trigo jugaba a rubias pleamares en los campos manchegos.

Adosada en su parte trasera el molino tenía una pila, la pila una enorme piedra labrada en su fondo, y la piedra un extraño dibujo que imitaba un rostro humano. Amadeo, el molinero, decía que cuando el agua no estaba turbia se distinguían perfectamente las facciones de una mujer. Si sonreía era señal de que los días venideros devendrían halagüeños; en caso contrario se cernía alguna desgracia sobre el que se asomaba a consultar tan peculiar oráculo. Me preguntaba qué ocurriría si muchas personas de distinto futuro se interesaban a un tiempo, ¿podía la pétrea mujer mostrarse triste y alegre a la vez? Realmente era eso lo que me intrigaba, no el que una piedra pudiese variar tan alegremente sus hechuras.

Había también una primorosa jaula de grillos vacía y una conejera reforzada llena de colorines colorados.

- Amadeo, ¿cómo los amaestró?

Él se reía. Siempre lo hacía. Y mostraba una boca desdentada que lo envejecía todavía más.

- Fueron ellos los que me amaestraron.

Mis diez años escasos no alcanzaban a entender sutilezas de anciano.

- Digo que cómo no se le escapan por entre los alambres, caben de sobra.

Y venga a reír.

- Guacho, guacho, los colorines no están prisioneros, están ahí para protegerse de los peligros de afuera.

En verano dos parejas de golondrinas construían sus nidos en el alféizar de la ventana ciega del molino y revoloteaban piando en el crepúsculo. “Son las niñas de mis ojos”, decía el hombre; y yo no entendía por qué no quedaba ciego, ni siquiera tuerto, cuando se marchaban a mediados de septiembre.

Recuerdo también un cartel carcomido labrado sobre un redor en desuso en el que a duras penas podía leerse: “Se muele el trigo y la pena. Se venden ideas. Me alquilo para orientar y padecer.” Y un cerezo del que colgaban a principios del verano los más brillantes frutos que imaginarse pueda. (Es curioso lo selectiva que se torna la memoria de la niñez). No me llamó la atención que aquel tiempo, y ahora es lo que mejor recuerdo, un enorme cofre de lentisco por cuyos poros rezumaba la almáciga, repleto de libros de todos los tamaños y colores. Amadeo siempre tenía alguno de aquellos mamotretos entre las manos.

La gente del pueblo lo consideraba un loco, y si consentía su vecindad era porque la calidad de la harina de su molino excedía en mucho a la de los más cercanos; el cura, incluso, nos los ponía como ejemplo de recalcitrante ateo (la palabra recalcitrante, no sé por qué, me sonaba y olía a alquitrán).

- ¿Es verdad que no cree usted en Dios?

-¿Quién te ha dicho eso, guacho? –contestaba preguntando, sin parar de reír.

- Don Luciano en la catequesis. ¿Es verdad que no cree en Dios?

- Eres igual que el Principito, nunca renuncias a una pregunta, ¿verdad? Me encogía de hombros, sin saber quién era ese Principito.

- Dile a donlu de mi parte que lo importante no es que yo crea en Dios, sino que Dios crea en mí.

Amadeo se mofaba de los importantes del pueblo, de las fuerzas vivas, como él los llamaba, abreviando sus nombres; el farmacéutico era dondi en lugar de don Diego, el maestro dondo, por don Domingo, el alcalde donda, en vez de don Damián, y don Deogracias, el sargento del cuartelillo de la Guardia Civil, fue bautizado como donde. “Es una pena que el juez se llame Francisco, nos falta sólo la u”, se carcajeaba de sus propias ocurrencias.

Me decía que todo cuanto pudiera desear se encerraba en su cofre de lentisco, pues lo que contenían los libros suplían con suficiencia a los viajes, a las radios, a las televisiones. Coleccionaba amaneceres, investigaba lunas, perfeccionaba sueños, sembraba ilusiones, estudiaba sus enciclopedias y cosechaba de todo un poco. Yo, en cambio, sólo lo veía cuidar de su molino, trabajar el grano, alimentar a sus animales (cerdos, ovejas y pájaros), leer, leer, leer... y reír. Siempre reía, incluso cuando alguien del pueblo, a escondidas, lo visitaba con semblante abatido y charlaba con él durante un buen rato. Las más de las veces, por supuesto, con algunas fanegas de grano mediando como excusa.

A mi madre no le agradaba que yo frecuentase su compañía, no es que lo considerase peligroso ni desaconsejable, sin embargo, tampoco quería que en el pueblo se corriese la voz de que el hijo de la Andrea era amigo del molinero. Por eso no le decía la verdad, aunque tampoco la engañaba. Si me preguntaba dónde había estado le contestaba que en el campo, o con un amigo, leyendo libros o aprendiendo a cazar grillos con él. Porque Amadeo me enseñó cómo cazar grillos, siempre a favor del sonido y en contra del viento, para que éste no me delatase. Intentó enseñarme las treinta sonatas distintas que componían el repertorio de los grillos, una por cada día del mes, pero a mí todas me parecían iguales, el mismo monótono frotar de alas (élitros me dijo que se llamaban). Me desesperaba, no distinguía el canto melancólico de los últimos días del alegre de principios de mes, jamás notaba variación en el rostro de la mujer de la alberca –y eso que en varias ocasiones que me asomé el agua estaba cristalina-, me resultaba imposible diferenciar

los ratones del centeno y del trigo que campaban a sus anchas por los montones de cereal pendiente de pasar por la molienda. Él los había bautizado a todos: rabilargo, timidón, trompetero, donda – decía que se parecía al alcalde-, mofletudo..., así hasta casi dos docenas.

- Si son todos iguales –me irritaba por mi incapacidad para saber cuál era timidón y cuál trotero, y llegaba a pensar que me tomaba el pelo.

- Te parecen todos iguales, lo mismo que para un ratón todos los hombres son iguales, pero no es así..., ¿nos parecemos tú y yo? Me desconcertaba y me escabullía de aquellas preguntas con más dudas.

- ¿También los tiene amaestrados?

- No, los ratones son demasiado parecidos a los hombres como para dejarse amaestrar.

- ¿En qué se parece un ratón a un hombre? –le intentaba devolver la moneda.

- Todos los animales se parecen a los hombres; lo único que nos diferencia de ellos es la sonrisa y el estado de celo permanente, ¿lo entiendes?

Asentía para no parecer más ignorante de lo que en realidad era; asentía y memorizaba aquella frase: sonrisa y estado de celo permanente, sonrisa y estado de celo permanente. Luego el cura se quejaba a mi madre de que no progresaba en el catecismo y la advertía de que, de seguir así, sería muy difícil que hiciese la comunión ese año. “Dice cosas muy extrañas, dice obscenidades”, escandalizaba don Luciano a mi madre. “¿Dónde aprenderás esas cochinas?”, repetía mientras me zurraba con la zapatilla.

- Dice don Luciano que el hombre se diferencia del animal en la posesión de un alma inmortal, no en la sonrisa y el estado de celo

permanente.

Amadeo se desternillaba de risa cuando le relataba lo sucedido en la catequesis. También me desahogaba con él por mis trifulcas con mi madre: “Dice que cuando vuelva mi padre y le cuente lo que digo me va a correr el cuerpo a correazos, y que los guachos de ahora no tenemos vergüenza.” Pero cuando mi padre regresaba los fines de semana de la cantera no traía ánimo nada más que para dormir y para dejar reposar los pies, inflados como botas, en calderos de agasal. “Cosas de críos”, me disculpaba ante mi madre. “Así nos va a salir él, un bala perdida..., tú, encima, ríele las gracias.”

- Pero, entonces, ¿los animales no tienen alma?

- Eres igual que el Principito –y en esta ocasión la sonrisa de Amadeo se empañaba de un rictus de dolor, alegría y pena, como cuando llueve y hace sol-, no te gustan las preguntas sin respuesta..., y ya verás que eso es lo que más abunda en la vida... Yo estoy convencido de que los animales, como los molinos, tienen alma, respecto a la de los hombres no estoy tan seguro. Pero no se lo digas al cura..., ni a tu madre.

Amadeo extraía el libro más pequeño de su cofre y me lo extendía. Se titulaba El Principito. Con Amadeo aprendí a leer de verdad, a sentir que los párrafos no eran costosos montones de palabras que había que derrotar, sino maravillosos escondites de historias extraordinarias que había que descifrar. La lectura, gracias a él, pasó de ser un tormento para convertirse en un premio. Si me comportaba correctamente Amadeo sacaba de su cofre otro libro y me lo prestaba. Las muchas veces que llegué tarde a casa el hecho de llevar como escudo un libro me libró de las reprimendas de mi madre. Estaba maravillada de que hubiese cambiado la pantalla de la televisión por las páginas de aquellas novelas de Salgari, de Verne, de Amicis... Sería presumir, pero no faltar a la verdad, decir que gracias a mí muchos compañeros se aficionaron a la lectura, y comenzaron a visitar el molino de Amadeo para pedir prestados esos libros que tanto me entretenían. Y tras los niños vinieron los

jóvenes, y luego los adultos, y llegó un momento en el que el cofre estaba casi vacío, para gran contento del dueño.

- ¿Le duele algo?

El sufrimiento aparecía en la mirada de Amadeo tras la visita de alguien del pueblo. Tardé tiempo en relacionarlo, pero no había duda de que así era.

- No, guacho, nada..., es que estoy trabajando –y el amago de sonrisa se le torcía.

Cuando peor lo vi fue el día que lo sorprendí hablando al arrullo de los lienzos algodanosos con la viuda de Jonás. Su marido acababa de ser arrollado por un coche y ella se había intentado suicidar arrojándose desde la torre de la iglesia. En el pueblo se comentaba que la mujer acabaría mal, sin embargo, se rehízo enseguida. Amadeo, por el contrario, pasó el peor mes que recuerde, recostado en el poyo del molino (su molino era el único de la comarca adornado con una pila y un poyo que casi circundaba su perímetro), con ojeras, lloroso, sonriendo sin fuerza (como cuando llueve y hace sol). Me asomaba a la pila y le mentía: “Sonríe, la mujer está sonriendo..., se le va a pasar el dolor, ya verá.” Parecía no escarmentar; tras la vendimia, cuando se agostaron los cantos de los grillos y los pliegues de la corteza del cerezo se encresparon, apenas una semana después de recuperarse, se sumió de nuevo en el dolor, en esa ocasión no tan profundo.

- ¡Qué quieres, guacho! Es mi trabajo... –respondía a mis enfados, causados por lo poco que se cuidaba-. Por cierto –y desviaba la cuestión con el ingenio que nunca después he encontrado en ninguna otra persona-, ¿has mirado las macetas que hay cerca de la tolva? Son tan reales mis geranios artificiales que hasta les ha salido pulgón. Toma este libro antes de que se te adelante alguien –y me extendía un ejemplar del Lazarillo de Tormes.

Amadeo me instruía incluso en los momentos de dolor. Decía que me dejaría en herencia el molino y el cofre porque sólo quienes los cuidaban como a seres vivos sabían sacarles provecho, y yo era uno de ellos. Luego se lo decía a mi madre, pero no atendía, le interesaban más los chismes de los mentideros del pueblo. A mi madre la oía cotillear con las vecinas:

- Lo que yo te diga, la pobre Reme, que encontró a su marido en plena faena con la hija del dueño del bar, la pequeña, la que gasta tan poco en tela como en vergüenza, y no tuvo mejor ocurrencia que irse a donde el molinero para pagarle con la misma moneda...

- ¿Con ese vejestorio andrajoso? ¡Eso es mentira!

- Lo que yo te diga –se reafirmaba mi madre-, ¿no la ves ahora qué telenda va por ahí?

- Pues ya hay que tener estómago...

A los pocos meses era Milagritos, la pequeña del dueño del bar, quien visitaba a Amadeo. De despachar a los parroquianos con la languidez de un alma en pena pasó a hacerlo con una viveza y alegría que no le cabía en el cuerpo, por más que éste se le fuera ensanchando a la altura de la barriga.

- ¿Tú has visto cómo es la juventud de ahora? –se le quejaba mi madre a mi padre dándole las nuevas de la semana-. La Cris pasea con la mano metida en el bolsillo del culo del novio, ¿tú te crees? Y a la Milagritos ya se le nota que está preñada y ella tan contenta, ¡por Dios, por Dios...! Y dile algo a tu hijo, que el cura dice que no va a tomar la comunión ni por éstas.

Y mientras tanto Amadeo postrado de nuevo en su mecedora. Riendo por no llorar, llorando por no poder reír.

- Amadeo, ¿por qué no entiendo eso que le pasa?

- ¡Ojalá no lo llegues a entender nunca!

- Sí, pero, ¿por qué no lo entiendo?
- Porque no hay conocimiento verdadero sin dolor y sin amor.
- Tampoco entiendo eso.
- Con el tiempo, guacho, con el tiempo.

Pero el tiempo pasaba y yo no le encontraba explicación a lo que sucedía, ni a lo de Amadeo ni a lo de la primera comunión. “Mañana recibiréis a Jesús Sacramentado en vuestros corazones. Es vuestro amigo, el único que nunca os va a fallar, el que os quiere más que nadie, y a todos por igual...”, nos explicó donlu después del mal trago de la confesión. Y sería verdad, pero..., pero ¿por qué si nos quería a todos por igual donlu colocó en el ensayo al chiquillo de Cavasiestas detrás de la pilastra, donde apenas se le veía? Su madre vino a pedirle al cura que, por favor, dejase a su guacho ponerse con todos los demás, no para que se luciese, sino para que no se sintiese marginado, allí solo, a diez metros de sus compañeros, escondido.

- ¿Y dónde quieres que lo ponga? ¿A mi lado, junto al altar? – vociferó donlu-. Mira, mujer, de más hago consintiendo que el hijo de un rojo tome la comunión.

- Pero el chiquillo no tiene culpa de...

- Menos tengo yo –la interrumpió el hombre de Dios-, ¡acabáramos! Hace dos días, como quien dice, quemando iglesias y ahora nos manda a la prole a cristianar..., si es que soy tonto de puro bueno. El chiquillo se queda donde está y da gracias.

Tanta pena me dio ver marchar a la mujer cabizbaja, agarrada de la mano de su hijo escuchimizado, triste de nación, que corrí hasta alcanzarla. Luego se lo comenté a Amadeo:

- Le he dicho a la mujer de Cavasiestas que venga a verlo, ¿no habré hecho mal?

- Cavasiestas es el que está en la cárcel, ¿me equivoco?

- No, no se equivoca; dice mi madre que es un comunista. Comunista debe ser una profesión bastante peor que la de mi padre, por lo mal que habla de eso todo el mundo.

Me acarició la cabeza con su mano nervuda al tiempo que se le escapaba una lágrima solitaria y una sonrisa que no necesitaba de más acompañamiento.

- A ella no le hago falta, ya tiene el conocimiento suficiente.

Lo dijo con tal convencimiento que me pareció que nada podría ser dicho más verdadero que aquello, si bien no lo entendí.

Fue en el tiempo de las brisas perfectas, de los primeros soles del estío, de las pieles mudadas de lagartos ocelados y culebras de rastros. Todos aguardábamos en la sacristía, en fila, a un lado nosotros y a otro las niñas..., nerviosos, sonrientes, como en vísperas de Reyes, con nuestros trajes de domingo, con el cirio goteando cera que nos quemaba la mano y el rosario blanco que nos habían regalado las monjas. De pronto, los gritos de donlu reclamando la presencia de la mujer de Cavasiestas, el rostro azorado de su chiquillo, sus alpargatas mordidas, sus pantalones con mil remiendos, su camisilla casi transparente de tanto lavado..., y aquella explicación absurda de tan real: “Verá usted, don Luciano, pasó un buhonero comprando la lana de los colchones y mi hija, la mayor, vendió el que teníamos porque con los jornales que se están pagando este año en los ajos es muy difícil llenar el puchero. Yo estaba en el campo..., ella no sabía que..., ¿cómo lo iba a saber?, no sabía que yo escondía allí el dinero..., y somos tan pobres, nadie me ha prestado para poder comprarle unos pantalones y unos zapatos a Sergio...”.

No me enteré de la ceremonia; cuando me correspondía subir al ambón a recitar una petición “por nuestros gobernantes, por nuestros padres y educadores, por nuestros bienhechores”, el corazón me pesaba tanto que no fui capaz de arrastrarlo hacia

arriba; no podía olvidar a donlu echando por la puerta pequeña de la sacristía a la pobre mujer y a su hijo. Recibí a Jesús Sacramentado dudando de que Él nos estuviese recibiendo. Y lloré como nunca. El cura, las monjas y mi madre creyeron que era de emoción, y no los saqué de su equivocación. Pasé llorando toda la noche, con el rostro del hijo de Cavasiestas grabado a fuego en el recuerdo. Entendí entonces que la gente pudiera llegar a morir de pena.

Al amanecer me desperté vacío, reseco de lágrimas y mocos. Con una paz inmensa y el último libro prestado por Amadeo entre las manos. Me enteré en la escuela de que habían encontrado muerto al molinero en su casa. Un ataque al corazón. Y dejé de ser niño.

Cuando visité por última vez su molino, su pila, su cofre de lentisco mediado de libros, su poyo circular, reconocí el canto triste de los grillos de finales de mayo, y los ratones que me miraban desde sus escondrijos ya no me parecieron iguales. La mujer de piedra de la alberca me sonreía. Y comprendí que Amadeo me había dedicado su último trabajo, sin duda el más penoso. Ya nunca más se alquilaría para padecer ni molería más penas.

En la conejera sólo quedaba un colorín colorado.

Las aspas del molino comenzaron a girar y yo decidí en ese mismo momento que sería molinero, escritor o no sería nada, y que aquel molino con alma merecía llevar el nombre de Amadeo.

Los vecinos, como postrer homenaje o desagravio, fueron llevando libros y libros hasta hacer rebosar el cofre. El molino se convirtió, andando el tiempo, en la primera biblioteca de la comarca, Biblioteca Municipal Amadeo.